

CUATRO CUARTILLAS LA VEJEZ, EN LA ACADEMIA

«El doctor Alsina i Bofill és català de cap a peus», dijo su colega doctor Pere Domingo, al darle la bienvenida en la Real Academia de Medicina de Barcelona.

Catalán de Palafrugell, la villa ampurdanesa que ayer bajó en bloque a Barcelona para asistir a la apoteosis de su paisano.

—Desde lo de Martí Filosía, parecía que los palafrugellenses estábamos en entredicho —oí decir.

Ayer se desquitaron totalmente. Cuando digo que vino todo Palafrugell, quiero referirme a su selección, capitaneada por José Pla, con su boina y su cigarrillo. Cigarrillo que tras oír los anatemas de los oradores contra el tabaco, encendió algo avergonzado.

Claro que la literatura catalana no estuvo representada únicamente por el autor de los «Homenots». La antigua Aula de les Anatomies parecía la sede de la Real Academia de Buenas Letras, en vez de la de Medicina. Vi a Tomás Garcés, a Octavio Saltor, a Pere Bohigas, a Ramón Aramón, a Fermí Vergés, a J. V. Foix, a Leandre Amigó, a Roig i Llop, a Antoni Vilanova...

El ingreso de Josep Alsina i Bofill en la Real Academia de Medicina tuvo, al lado de su trascendencia científica, un claro significado ciudadano, que no escapó al presidente de la corporación, el doctor Pedro Pons.

—El pueblo os ha recibido con una clamorosa ovación —dijole al recipiendario. Es cierto. Pocas veces, en la redonda sala académica, había visto yo aplaudir con tanto fervor y durante tanto rato.

Entusiasmo perfectamente comprensible, pues las tres oraciones que se escucharon merecen con justicia el calificativo de magistrales. Digo tres, por cuanto a las dos anunciadas, la de Alsina i Bofill y la de Domingo, vino a unirse una breve pero jugosísima alocución presidencial. Don Agustín Pedro Pons domina el arte de poner los puntos sobre las íes. Al distribuir el clásico folleto con los dos discursos pronunciados, el doctor Sarró se duele:

—Deberían ser recogidas y publicadas las posdatas suyas, doctor Pedro Pons. Hay gente especializada en prólogos. Usted, en cambio, es maestro en epílogos...

Les advierto a ustedes, queridos lectores, que el epílogo, como el discurso de recepción y el de respuesta, no podía ser ya más descorazonadores. La sesión giró alrededor de la vejez, cuyo proceso fue admirablemente desarrollado por el nuevo académico. Proceso, digo yo, con sentencia condenatoria. Ser viejo es un mal negocio, pues no tiene solución. Por lo menos, no se la ven los doctores Alsina i Bofill, Pedro Domingo y Agustín Pedro Pons.

No le ven el remedio ni, lo que me pareció más grave, saben exactamente en qué consiste la vejez.

—¿Por qué aparecen y actúan esos medios de perturbación anatómica y fisiológica? Por varias razones. La primera, por pura casualidad —dictaminó Alsina i Bofill.

Tras semejante afirmación, es lícito escribir que huelga todo el resto.

Sin embargo, los médicos no se dan por vencidos, estudian, indagan... Por mandamiento genético también se envejece. Tener unos padres y abuelos que hayan alcanzado edades provectas es una garantía de envejecimiento. Y también nos hacemos viejos a consecuencia del desgaste por el uso. El doctor Alsina i Bofill adujo el símil de la vela que se apaga cuando le cera se acaba. Entonces, si encendemos la vela por los dos cabos, se acabará antes.

¡Ojo, pues, en encender la vela por los dos cabos! Los oradores de anoche nos aconsejaron sobre todo vida higiénica. Nos recomendaron que vigiláramos especialmente la nutrición, que tuviéramos en cuenta aquel refrán que dice: «mata més una bona taula que un mal metge». Otros enemigos de la longevidad: la polución del aire, el frenesí ciudadano, la tensión producto de la vida moderna...

El doctor Pere Domingo fustigó, irónicamente, a quienes argumentando que quiere zafarse de la atmósfera de humo y de mugre que envuelve Barcelona, huyen al campo con los cigarrillos en los labios y montados en un coche que echa humo por todas partes.

Hace ya doscientos años que el poeta Francisco Gregorio de Sales escribió aquella célebre décima que empieza «Vida honesta y regalada, etcétera» y que divulga las bases de la buena salud. Han pasado dos siglos, y el hombre no ha escarmentado, ni la ciencia ha sido capaz de detener de manera efectiva el proceso del envejecimiento.

El doctor Pedro Pons confesó que la patología anatómica jamás solucionaría el enigma de la vejez.

—Hallar las causas del envejecimiento, en el futuro, corresponderá a la bioquímica —aseguró.

Tras declarar que había hecho santamente el doctor Alsina i Bofill trayendo este problema a la Academia.

—Ante este senado de médicos, todos ancianos, en mayor o menor grado...

Efectivamente, el promedio de edad de los asistentes académicos y público, resultaba a simple vista, algo elevado...

Cuando desfilábamos para felicitar al flamante académico, musitó Ramón Guardans:

—La verdad es que permanecer un par de horas sentado en este incómodo anfiteatro, precipita también la vejez...

SEMPRONIO